

Nación y nacionalismo

AMBROSIO VELASCO GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México

ambrosio@servidor.unam.mx

RESUMEN: En este trabajo argumento a favor de una idea de nación multicultural, a partir de un cuestionamiento de la interesante defensa de Ulises Moulines del nacionalismo. La idea de nación y de Estado-nación que sostengo es más afín a las realidades culturales y políticas de Latinoamérica y del México actual. A diferencia de Moulines, que identifica nación y etnia, yo sostengo un concepto de nación construido política y culturalmente en el ámbito de la sociedad civil. Este concepto de nación es más pertinente para la consolidación de un Estado democrático en una sociedad multicultural como la mexicana.

PALABRAS CLAVE: nación, Estado, multiculturalismo, nacionalismo, sociedad civil

*Para Elia Nathan Bravo,
filósofa sabia y rebelde*

I. TRANSGRESIONES FILOSÓFICAS

En el homenaje luctuoso a la doctora Elia Nathan nos reunimos en el Instituto de Investigaciones Filosóficas, a finales de junio de 2001, sus amigos, discípulos y colegas para manifestarle a Elia, a su hijo Bartolomé, a su esposo, a su padre y a su hermano, el profundo reconocimiento intelectual y moral que le tenemos a ella, amén, desde luego, de nuestro afecto. En su intervención, el doctor Guillermo Hurtado recordaba una réplica crítica de la brillante joven Elia Nathan al excelente libro, recientemente aparecido, *Exploraciones metacientíficas* (1982) de nuestro querido y admirado profesor Ulises Moulines, en el que exponía su concepción estructuralista de las teorías científicas. La crítica de Elia señalaba que el enfoque reconstructivo del profesor Moulines no consideraba contextos culturales y sociales más amplios que influyen significativamente en el desarrollo de las ciencias.

El doctor Moulines respondió a esta réplica con otro trabajo titulado “Contra todólogos. Respuesta a Elia Nathan”, donde argumenta que él se limita al análisis propiamente filosófico de la estructura y dinámica de las teorías científicas, y deja a otras disciplinas, como la historia y la sociología, el análisis de los aspectos sociales y culturales externos a las ciencias, pues no desearía dejar de ser filósofo y convertirse en todólogo. Veinte años

después de aquella polémica, tengo la oportunidad de comentar el excelente artículo de filosofía política de Ulises Moulines, “Manifiesto nacionalista (o hasta separatista, si me apuran)”,¹ donde reconoce que la tesis ético-política que sustenta “es indigna de un filósofo de la ciencia”, pero, no obstante, se cree “justificado en transgredir sus fronteras”. Bienvenido, doctor Moulines, al territorio filosófico de los todólogos, y honor y gratitud a Elia Nathan, quien siempre defendió herejías filosóficas que ahora cultivamos con plena convicción.

II. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS Y POLÍTICAS

En su “Manifiesto nacionalista”, Ulises Moulines argumenta con el rigor y la claridad que le son naturales, que el nacionalismo es un fenómeno cultural profundo y de gran relevancia actual, pero que, paradójicamente, adolece de un tratamiento conceptual adecuado por parte de las disciplinas socioculturales.

Esta tesis central refleja una posición bien arraigada en la filosofía de la ciencia anglosajona, tanto en los positivistas lógicos —Carnap y Hempel, por ejemplo—, como en críticos de ellos —digamos, Kuhn y Lakatos. Esta posición considera las disciplinas sociales subdesarrolladas, blandas o preparadigmáticas, cuando las confronta con las ciencias naturales, que ocupan un lugar privilegiado en la jerarquía científica. Pero Moulines no sostiene esta visión por mera afiliación a una tradición filosófica; sostiene, más bien, la tesis del déficit conceptual sobre el fenómeno de nacionalismo, con argumentos que en buena medida, pero no totalmente, contradicen algunos presupuestos empiristas básicos de la filosofía de la ciencia anglosajona.

Moulines considera que entre los obstáculos importantes para desarrollar una concepción adecuada del nacionalismo, cabe destacar dos posiciones antinacionalistas: el “negacionismo” y el contranacionalismo. El primero consiste originariamente en una posición epistemológica fuertemente empirista que negaría la existencia de entidades llamadas naciones porque no son observables. El concepto de nación no tiene referente empírico, pues alude a vagas emociones o mitos colectivos que no pueden identificarse mediante recursos metodológicos aceptables. En su lugar, los negacionistas defenderían el concepto de Estado como entidad jurídica claramente identificable a través de leyes positivas. Esta posición, sostenida por el positivismo jurídico (Hans Kelsen), tiene consecuencias normativas, pues descalificaría como infundada e irracional cualquier reivindicación de la

¹ *Diánoia*, vol. XLVI, no. 46, mayo de 2001, pp. 81–107. Para abreviar, sólo se pondrán entre paréntesis las páginas de donde proceden las citas.

nación; en consecuencia, los Estados estarían plenamente legitimados para combatir movimientos nacionalistas. Esta última observación de Moulines es sumamente importante, pues reconoce que las teorías sobre los acontecimientos políticos no sólo tienen funciones descriptivas y explicativas, sino también, e inevitablemente, consecuencias normativas de carácter ético y político.

Esta doble dimensión descriptiva y normativa de los conceptos éticos y políticos ha sido destacada por autores como Hannah Pitkin, Charles Taylor y Quentin Skinner,² entre otros filósofos políticos contemporáneos. En virtud de este carácter dual, toda teoría política necesariamente tiene consecuencias prácticas e ideológicas. Así, por ejemplo, los politólogos contemporáneos refutan las teorías clásicas de la democracia basada en la “virtud cívica” (Tocqueville), porque no existe evidencia empírica de que tal virtud esté presente en los Estados liberales de nuestros días. En su lugar proponen una teoría de la democracia basada en un sistema institucional, que sí puede constatararse en estos Estados. Al hacer esto, los politólogos no sólo están adecuando empíricamente una teoría política, también están justificando y legitimando los Estados liberales de nuestros días, como el de “gringolandia” (aceptando el término propuesto por Moulines). Esta justificación ideológica es inevitable, pues el concepto de democracia necesariamente tiene connotaciones valorativas muy positivas y deseables.³

La otra posición antinacionalista que analiza Moulines, que denomina “contranacionalismo”, es menos interesante, pues no está basada en un argumento teórico, ni en una posición metodológica como el negacionismo, sino que simplemente se limita a considerar perniciosos los movimientos nacionalistas porque alteran la estabilidad de los Estados-nación consolidados.

En contra de las posiciones positivistas negacionistas, Moulines nos recuerda que uno de los logros más importantes de la filosofía de la ciencia del siglo XX es la reivindicación de los conceptos teóricos como recursos indispensables para el desarrollo de las disciplinas científicas. Aun más, Moulines afirma que toda disciplina científica desarrollada requiere conceptos teóricos que superan por mucho el nivel de lo observable y aluden a estructuras o procesos no observables, que nos permiten explicar y comprender mejor los fenómenos y los acontecimientos propios de la disciplina en cuestión. En este sentido, la elaboración y el desarrollo del concepto de nación es una

² Cfr. Hanna Pitkin, *Wittgenstein and Justice*, University of California Press, Los Ángeles, 1977. Sobre Taylor y Skinner, véase A. Velasco (coord.), *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX*, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, México, 2000.

³ Sobre este argumento, véase mi artículo “Descripción y valoración en las teorías clásicas y contemporáneas de la democracia”, *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XIX, no. 1, otoño de 1993, pp. 97-108.

necesidad urgente para las ciencias sociales, y en particular para la teoría política, a fin de que podamos explicar acontecimientos de gran relevancia en el mundo actual que de otra manera permanecerían incomprensibles o, incluso, simplemente ocultos, sin que se pueda reconocer su existencia e importancia. Este argumento en defensa del concepto de nación, Moulines lo considera de carácter abductivo. Tal argumento implica, a mi manera de ver, un giro importante de Ulises Moulines respecto de los valores epistémicos tradicionalmente aceptados en filosofía de la ciencia: ya no es la adecuación empírica, sino el potencial heurístico, el valor fundamental de las teorías científicas. Este giro heurístico justificaría por sí mismo el desarrollo de una teoría de la nación; a Ulises Moulines no le basta este argumento de carácter epistémico. Además, tiene un argumento más fuerte, de carácter ético y político, a favor del nacionalismo y que se deriva de la teoría política que sustenta sobre la nación, a la cual, con su ingenioso y mordaz humor, denomina MEN (Minitoría de Etnias y Naciones).

III. LA TEORÍA MEN

La teoría MEN de Ulises Moulines de ninguna manera es machista, ni en el sentido epistémico del empirista Ernest Mach, a quien el profesor Moulines ha criticado desde hace muchos años,⁴ ni mucho menos en su sentido de exclusión de género. Se trata de una versión ligera (lo cual agradezco) de una formulación conjuntista.⁵ Desde luego, no pretendo, ni tendría sentido, repetir la clara y penetrante formulación de MEN que hace el profesor Moulines en su artículo. Me centraré más bien en algunos “puntos” que me interesan especialmente.

En primer lugar, hay que señalar que Moulines construye su teoría a partir del concepto teórico de etnia. Las etnias tienen las siguientes características:

- a) constituyen parte importante de las “estructuras profundas” de la evolución política, social y cultural de la humanidad, cuyas manifestaciones fenoménicas son de carácter eminentemente cultural (lengua, religión, comida, fiestas, juegos, música, literatura, pintura, etc. —yo incluiría también ciencia y filosofía);
- b) la importancia específica de estas manifestaciones culturales varía en cada caso, y ninguna manifestación en particular puede ser considerada necesaria y suficiente por sí misma para identificar a una etnia (aunque el lenguaje, o mejor dicho, el habla, sería uno de los más

⁴ Sobre esta crítica, véase especialmente su libro *La estructura del mundo sensible*, Ariel, Barcelona, 1973.

⁵ Para una discusión más amplia sobre el tema, véase Ulises Moulines, *Exploraciones metacientíficas*, Alianza Universidad, Madrid, 1982.

importantes, pues proporciona a sus usuarios cierta “forma de vida” común y cierta “visión del mundo”);

- c) las etnias cambian preservando su identidad; aunque difusa, su identidad está en la forma continua de su cambio (Moulines llama a esto “genidénticos”, yo lo asocio con el concepto de tradición);
- d) Las etnias pueden tener “subetnias” y formar “superetnias” más complejas.

Esta caracterización teórica de las etnias refleja en mucho la concepción que Ulises Moulines tiene de las teorías científicas mismas. Así, por ejemplo, la idea de redes teóricas compuestas por especializaciones y complejos de las teorías específicas que evolucionan continuamente presenta una fuerte analogía con la idea del carácter “genidéntico” de las etnias. Estas analogías no son casualidad, sino expresión de la fertilidad de la filosofía de la ciencia para el desarrollo de teorías científicas específicas, en este caso, de la teoría política MEN.

A partir de este concepto teórico de etnia, Moulines postula su concepto de nación: “Las naciones son etnias *políticamente conscientes* de sí mismas, o dicho más concretamente, son etnias que disponen de un programa político (en sentido amplio, o sea, no sólo referidas a partidos políticos) de preservación y desarrollo de su propia identidad.” (p. 101)

Hasta aquí la apretada síntesis de MEN. Ahora quisiera formular algunos cuestionamientos a esta teoría. El más importante de ellos se refiere al carácter aún misterioso de la metamorfosis de una etnia en nación. Esto es, ¿cómo adquiere una etnia (conformada fundamentalmente por vínculos culturales) conciencia política y se adscribe un proyecto político?

Este proceso es un tema central que está ausente en MEN y que creo que constituye una de las preocupaciones fundamentales de la teoría política contemporánea; filósofos, historiadores, antropólogos y politólogos han escrito y debatido intensamente en la última década sobre este problema. En nuestro medio mexicano, autores como Luis Villoro —con quien discute Moulines—, Rodolfo Stavenhagen, Héctor Díaz-Polanco, León Olivé, Pablo González Casanova, Jorge Alonso, entre otros, han hecho contribuciones muy valiosas.

A mi juicio, este proceso de formación de una conciencia política surge y se desarrolla en la *sociedad civil*, en el espacio público, no estatal, donde los individuos y grupos sociales manifiestan sus diferencias, exigen reconocimiento recíproco y buscan formar consensos básicos que les permitan identificarse como miembros o partes de una comunidad. Creo que es en este espacio público donde las diferencias y las convergencias culturales, especialmente las etnias, se reconocen políticamente (aunque no

necesariamente con carácter legal), adquieren legitimidad y demandan su reconocimiento por parte del Estado. En suma, creo que es en la sociedad civil donde etnias, pueblos y grupos sociales en general, se reconocerían como integrantes de alguna nación.⁶

Los teóricos contemporáneos de la sociedad civil, como Habermas, Cohen, Arato y Touraine, coinciden en afirmar que la sociedad civil constituye una esfera eminentemente cultural que influye decididamente en el poder político estatal. La siguiente cita de Habermas expresa con claridad la naturaleza y función de la sociedad civil:

Lo que hoy recibe el nombre de sociedad civil, a diferencia de lo que todavía sucede en Marx y en el marxismo, ya no incluye la economía regida a través de mercados de trabajo, de capital y de bienes, constituida en términos de derecho privado. Antes su núcleo institucional lo constituye esa trama asociativa no-estatal y no-económica, de base voluntaria, que ancla las estructuras comunicativas del espacio de la opinión pública en el componente del mundo de la vida, que (junto con la cultura y la personalidad) es la sociedad. La sociedad civil se compone de esas asociaciones, organizaciones y movimientos surgidos de forma más o menos espontánea que recogen la resonancia que las constelaciones de problemas de la sociedad encuentran en los ámbitos de la vida privada, la condensan y elevando, por así decir, el volumen o voz, la transmiten al espacio de la opinión pública política.⁷

La sociedad civil, constituida por instituciones no estatales, concepciones del mundo, tradiciones y movimientos sociales, es el ámbito donde se forma la conciencia pública nacional, de manera autónoma respecto del poder político estatal. Desde luego, ésta no es la única manera, ni la más común, en que se forma una conciencia nacional. Como muchos politólogos, historiadores y antropólogos han documentado, la mayoría de las naciones modernas han sido creadas e impuestas desde el poder político estatal, controlado por un

⁶ Aunque Moulines no considera diferencias sustantivas entre los conceptos de etnia y pueblo, Villoro expone estas diferencias con la vida: "Pueblos serían también, además de las naciones, las etnias asentadas en un territorio delimitado que tengan conciencia y voluntad de una identidad colectiva. Pero no las etnias sin relación con un territorio cuyos individuos estén diseminados en otras poblaciones; tampoco las que carezcan de una voluntad para compartir un proyecto común dentro de una nación." (Luis Villoro, *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós-UNAM, México, 1998, p. 21. Me parece adecuado el término genérico de pueblo que abarca tanto a las naciones como a las etnias (sin proyecto de autodeterminación exclusivo); sin embargo, creo que es importante subrayar que no sólo las etnias forman parte de las naciones. Ciudadanos o grupos sociales que no se identifican con alguna etnia en particular también pueden integrarse a una nación.

⁷ Jürgen Habermas, *Facticidad y validez*, Trotta, Madrid, 1998, p. 447.

grupo social, y las más de las veces por una etnia sobre los demás. Rodolfo Stavenhagen denomina “etnocrática” a esta forma de nación.⁸

Otros autores denominan a este tipo de nación, impuesta desde el poder político, nación estatal en oposición a la nación cultural que surgirá desde la sociedad civil. Me parece muy importante distinguir estos dos tipos de naciones, porque nos permiten entender los conflictos políticos que suceden en muchos Estados nacionales contemporáneos. En el caso de México, por ejemplo, los movimientos indígenas que se han generado en los últimos años, especialmente el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), pueden entenderse como un cuestionamiento y una oposición a la nación estatal, que bajo la bandera nacionalista ha impuesto una elite criolla y mestiza. Estos movimientos no buscan imponer una nación indígena sobre la criolla, sino más bien reconstruir la nación mexicana de tal manera que las etnias indias quepan, junto con las demás etnias, pueblos y grupos sociales que habitan en el territorio mexicano. Esta actitud quedó manifiesta, de manera palmaria, cuando el subcomandante Marcos extendió con orgullo la bandera de México, al inicio de las negociaciones con el Gobierno Federal en 1994.

Así pues, en el caso de México y en los casos también de los países centroamericanos como Guatemala, El Salvador y Nicaragua, los movimientos indígenas ciertamente han luchado contra la nación impuesta desde el poder estatal, se han opuesto y luchado contra el nacionalismo de Estado, pero no han buscado imponer un nacionalismo indígena. De hecho, los movimientos indígenas recientes en Latinoamérica no son nacionalistas, aunque sí buscan transformar la nación estatal que les ha negado reconocimiento como etnias o pueblos, en una nación incluyente, pluriétnica y multicultural.

En resumen, mi diferencia fundamental con Ulises Moulines estriba en lo siguiente: el profesor Moulines concibe la formación de una nación a partir de la toma de conciencia política de una etnia. Por ello, le parece que toda nación es una nación étnica. Si bien esto ha sido el caso en la conformación de las naciones modernas (que han impuesto una nacionalidad étnica sobre el resto de los pueblos y etnias dentro de un territorio determinado, y que gracias a ello se han constituido en Estados nacionales), no es la única manera de constituir una nación. Los movimientos indígenas de México y otros países latinoamericanos muestran que el objetivo político de estos movimientos no es el de conformar una nación india en contra de la criolla o mestiza, sino más bien, constituir desde la sociedad civil otra nación en

⁸ Rodolfo Stavenhagen, “Derechos humanos y ciudadanía multicultural: los pueblos indígenas”, en Jean-François Prud’homme (comp.), *Demócratas, liberales y republicanos*, El Colegio de México, México, 2000, p. 79.

la que las diferentes etnias y pueblos indígenas y no indígenas puedan vivir juntos.⁹

IV. CONCLUSIONES: A FAVOR DE LA NACIÓN MULTICULTURAL Y EN CONTRA DE LOS NACIONALISMOS

En la última parte de su trabajo, Ulises Moulines hace explícitas las consecuencias ético-políticas de MEN. Para ello, introduce un principio ético-ontológico que denomina VIPS (valor intrínseco de la pluralidad del ser), que afirma lo siguiente: “es algo bueno, que hay que preservar, o hasta fomentar en la medida de lo posible, el que haya muchas cosas de muy diversos tipos en el universo”. (p. 102) Las etnias son una de esas cosas diversas que no sólo existen como tales, sino que buscan preservar su identidad, convirtiéndose en naciones. Este proyecto de preservación lo califica Moulines de “nacionalista”.

Si el nacionalismo es un programa de preservación de las diferencias específicas de las etnias, es de esperarse que los movimientos nacionalistas de las diversas etnias conduzcan a preservar la pluralidad cultural y social, lo cual es valioso si aceptamos el principio VIPS. Por ello Moulines es un partidario decidido del nacionalismo.

El profesor Moulines nos advierte que no es necesario que cada nación se convierta en un Estado-nación soberano para preservar su identidad: “para preservarse y desarrollarse satisfactoriamente, la etnia en cuestión puede constatar que le basta con cierta dosis de autonomía dentro de un Estado multinacional, es decir, en convivencia pacífica con otras etnias”. (p. 103) Aunque reconoce que ésta es una solución ideal, (sin argumentar por qué) Moulines afirma que es muy difícil que en los Estados multinacionales exista respeto a las diferentes naciones y que funcionen bien. La razón es que,

en la mayoría de los casos, los Estados multinacionales realmente existentes son, por causas históricas contingentes, no Estados constituidos por el consenso de las diversas etnias que los componen, sino por la voluntad, muchas veces extremadamente violenta de una sola etnia predominante. En una palabra, se trata de Estados-nación *hegemónicos*¹⁰ (o sea, que promueven la hegemonía de una sola etnia sobre las demás). (pp. 103–104)

⁹ Éste es precisamente el título de un libro reciente de Alan Touraine, *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998. En el capítulo V de este libro, Touraine expone un concepto de nación multicultural y pluriétnico, con el cual coincido en buena medida: “La concepción estatal de la nación debe ser sustituida por una concepción social y cultural. La nación ya no se define por la creación del espacio unificado o de la ciudadanía por encima de la diversidad social y cultural, sino, al contrario, por la búsqueda de la comunicación intercultural y la solidaridad social” (p. 234).

¹⁰ Lo que Stavenhagen denomina “nación etnocrática”.

Por este hecho histórico, Ulises Moulines deja entrever una inclinación separatista, esto es, su preferencia por la soberanía de las naciones más que por la autonomía; su preferencia por el nacionalismo separatista más que por el nacionalismo autonómico, pues este último es endeble y siempre está en riesgo de sucumbir ante el “hegemonismo” (yo diría dominación) de la nación más poderosa dentro del Estado multinacional. Hasta aquí mi reconstrucción del argumento de Moulines a favor del nacionalismo, e incluso, si lo apuran, del nacionalismo separatista.

Mi crítica a este argumento se centra en dos puntos. En primer lugar, a riesgo de ser reiterativo, quiero señalar la omisión de Moulines de considerar aquellos movimientos de etnias o pueblos que buscan el reconocimiento de su autonomía dentro de una nación multicultural o pluriétnica. Moulines no sólo sigue el principio político liberal “a cada nación un Estado, y en cada Estado una sola nación”, que ha justificado la consolidación de los Estados nacionales etnocráticos (que él denomina hegemónicos), sino también reformula ese principio en un nivel más fundamental: “a cada etnia una nación”. Como he argumentado anteriormente, existe evidencia histórica que contradice este principio.

En particular, en el caso de México, el movimiento del EZLN no plantea una nación para cada etnia. Esto sería una locura, pues tendríamos más de sesenta naciones indígenas. Ni siquiera plantea una nación de todas las etnias indígenas (que sería una locura menor). Lo que se plantea es la reconstitución de la nación mexicana para que puedan ser autónomos, no soberanos, los diversos pueblos, etnias y grupos sociales indígenas y no indígenas, pues la nación pluriétnica es una alternativa al proyecto “nacionalista” que defiende Moulines, y es una alternativa más viable en el caso de México y de otros países latinoamericanos.

El segundo punto de mi crítica que deseo exponer es terminológico, pero no por ello trivial o superfluo. En los debates políticos e ideológicos en México, el uso del término “nacionalista” corresponde más bien a lo que Moulines entiende por hegemonismo. En el discurso político, nacionalismo se opone tanto al imperialismo, como a los movimientos indígenas que reclaman autonomía. En el contexto mexicano, un manifiesto a favor de nacionalismo corre el riesgo de malinterpretarse como contrario a la autonomía de los pueblos y a favor de la homogeneidad de la cultura nacional. Desde luego, éste no es el caso para las realidades políticas europeas, sobre todo en el territorio del Estado (que no nación) español, en donde el nacionalismo, por ejemplo, el vasco, busca mucho más que la autonomía, la soberanía de la nación.

Estas diferencias radicales de los términos políticos nos señala la enorme dificultad de construir teorías políticas generales o con pretensión de gene-

ralidad. Y estas dificultades no son tanto de carácter metodológico, sino ante todo ético-político. A final de cuentas, hay que recordar la tesis aristotélica de que el conocimiento de lo político, más que ser una teoría general, más que *episteme*, es conocimiento objetivo de lo específico, es *phronesis*.

Afirmar que el conocimiento político es ante todo *phronesis*, y no *episteme*, no quiere decir que la teoría política sea irrelevante. Esta conclusión sería absurda y ciega a la historia de la filosofía y la ciencia política. La dimensión prudencial de la teoría política se manifiesta, más bien, en el hecho de que las consecuencias prácticas de la teoría política varían y tienen que adecuarse, como diría Maquiavelo, “a la condición de los tiempos”. Esta adecuación a la condición de los tiempos es una exigencia pragmática adicional a la claridad y precisión conceptual, a la coherencia lógica, la adecuación empírica y el potencial heurístico que toda teoría científica debe tener en el mayor grado posible. En este sentido, reconozco con entusiasmo el aporte significativo de MEN al esclarecimiento teórico del concepto de nación y estoy plenamente de acuerdo con la importancia y la urgencia de desarrollar el conocimiento teórico sobre las naciones.

En suma, mis cuestionamientos a MEN se orientan básicamente en dos direcciones: por una parte, en un sentido de adecuación empírica y capacidad heurística, pues MEN deja fuera a aquellos movimientos sociales que, como los movimientos indígenas en Latinoamérica, cuestionan la nación étnica dominante y buscan transformarla en una nación pluriétnica en la que los diferentes pueblos gocen de una autonomía suficiente para preservar, desarrollar y enriquecer sus respectivas identidades culturales y personales. El segundo cuestionamiento es de carácter prudencial, y se refiere a la poca pertinencia del término “nacionalismo” en el debate político actual en México y Latinoamérica para promover y transformar la nación étnica dominante y construir una nación pluriétnica.

Finalmente, a mi juicio, el proyecto de una nación pluriétnica es más adecuado para promover el principio pluralista VIPS que el proyecto nacionalista que defiende Ulises Moulines, no sólo para el caso de México, sino también para Europa y en general para todo el país.

La razón de esto nos la proporciona el mismo Moulines en el texto ya citado páginas atrás sobre las dificultades de un Estado plurinacional. En el argumento ahí expuesto me parece encontrar un círculo muy riesgoso que vincula y refuerza a una etnia con una nación, y a ésta con un Estado; el riesgo del círculo etnia-nación-Estado estriba fundamentalmente en el carácter excluyente, étnicamente hablando, de la nación, carácter que se refuerza peligrosamente cuando la nación se dota de los medios coercitivos propios de todo Estado. El nacionalismo propuesto por Moulines tiene riesgos graves de exclusión dentro de la nación y de conflictos violentos entre

Estados-nación. Me parece difícil concebir minorías, disensos y polémicas en el interior de las naciones étnicas que defiende Moulines. También veo difícil la comunicación, el diálogo intercultural, el aprendizaje y el enriquecimiento entre diferentes naciones étnicas, y más aún entre diferentes Estados étnicos. Los fundamentalismos de nuestros días parecen apoyar estas sospechas. El costo de la preservación de las diferencias culturales mediante las naciones étnicas sería, sospecho, el aislamiento inter-nacional o, si no, el conflicto continuo. Y en el interior de las naciones étnicas, el pluralismo cultural, social y político sería muy limitado o inexistente

Por el contrario, en las naciones pluriétnicas que se construyen en la esfera de la sociedad civil estaría asegurado el pluralismo interno y el debate público entre diferentes etnias, pueblos y grupos, así como el aprendizaje, el enriquecimiento y el desarrollo crítico de cada etnia, de cada pueblo y en general de cada grupo social relevante que se reconoce como tal en la sociedad civil. Por ello creo que este tipo de nación pluriétnica, que prefiero llamar “nación civil”, promueve de mejor manera el pluralismo cultural que sustenta Moulines en su principio VIPS, que el nacionalismo étnico que defiende el propio doctor Ulises Moulines.

Recibido el 9 de julio de 2001; aceptado el 19 de septiembre de 2001